

EL OTRO ENRIQUILLO

Doris Sommer

Desde su publicación en 1882, *Enriquillo*, de Manuel Jesús Galván, ha sido una especie de epopeya nacional de la República Dominicana. El libro es una recreación extensa y aparentemente imaginaria de la historia del indio Guarocuya, bautizado Enrique por los frailes franciscanos que lo educaron, después de que su tribu fuera exterminada durante la conquista de La Española. Enriquillo, como lo llamaba todo el mundo, creció con elevados ideales católicos, heredados de Fray Bartolomé de las Casas, por lo que lo afectó profundamente el hecho de que su amo español, hombre carente de todo principio, se apoderase de sus pertenencias. Este sentimiento de Enriquillo se convirtió en indignación y rebeldía cuando el abusivo encomendero trató de conquistar a la bella esposa del indio. Después del intento de violación, Enriquillo y Mencía, su mujer, huyeron a las montañas, seguidos por los otros indios sometidos al tirano, donde llevaron una existencia errante por cerca de 14 años. Pero finalmente, Carlos V concedió la libertad y tierras a sus indómitos, aunque leales en última instancia, vasallos, después de repetidos fracasados intentos de someterlos por parte de las autoridades.

Al adecuar la historia brutal de la Conquista al agradable argumento de un romance, Galván preparó el vocabulario de amor y legitimidad para un discurso populista en la República Dominicana. No sorprende, por tanto, la importancia que se le ha concedido a *Enriquillo* dentro de la historia literaria y política, no obstante el hecho de que los logros particularés de Galván no parecen haber sido reconocidos a nivel consciente. *Enriquillo* constituye una presencia inevitable, no sólo por haber sido, como alegan algunos críticos, instrumento de adoctrinamiento político, sino porque la misma retórica de la obra ha podido ser adaptada incluso por novelas contemporáneas que evidentemente rechazan las soluciones políticas a la disidencia y la rebelión que Galván ofrece. El lector que simpatiza con la novela alaba lo que erróneamente considera fidelidad histórica, mientras que sus detractores, por el contrario, consideran embarazosa su falsificación de los hechos. Pero ninguno, que yo sepa, ha aplaudido a esta misma falsificación, que ha creado un mito nacional capaz de ser adoptado tanto por conservadores como por reformistas.

El presente estudio analiza, en primer lugar, la solución político-estética que Galván propone para la crisis nacional, y, posteriormente, la capacidad que la

obra posee de atraer al lector a pesar de sus fallas narrativas. A todo ello he añadido un epílogo donde se sugiere que el modelo empleado por Galván para construir su propia ficción histórica fue la *Historia de las Indias* del Padre Las Casas. La naturaleza de su narrativa historiográfica se pone en duda al observar que, tanto el pío cronista como el narrador político, usaron la materia prima de *Enriquillo* para crear un mito que aún permanece sagrado para una gran parte de los lectores dominicanos, incluso a pesar de que su base empírica se revela como una simplificación intencionada.

Muy poco se conoce de la vida privada de Galván¹, pero su voluble actividad política en un momento de grandes cambios históricos nos proporciona una útil base para apreciar el éxito de su libro. En calidad de secretario privado del presidente Pedro Santana, Galván apoyó en 1861 la reanexión de la República Dominicana a España. Su participación todavía hoy indigna a los dominicanos, especialmente cuando recuerdan que Galván fundó y editó el periódico oficial del gobierno, *La Razón*, donde en cierta ocasión escribió que los “patriotas” rebeldes eran “traidores sin fe ni opinión. . . la dominación española es el áncora de salud de todos los principios sociales, contra los elementos deletéreos que amenazan a Santo Domingo”². Probablemente Galván se refería a Haití, que invadió en 1822 a la recién proclamada república e inmediatamente declaró la abolición de la esclavitud. Aunque el tratado de paz se firmó en 1874, Haití mantuvo la ocupación hasta 1844, es decir, durante toda la infancia de Galván. La República Dominicana estaba constantemente azotada por la guerra; cuando los dominicanos no luchaban contra Haití, luchaban entre sí, en una sucesión aparentemente interminable de rebeliones y guerras civiles que sólo se interrumpieron con la desesperada reanexión de 1861-65³.

Galván se ganó la reputación de buscar siempre la vía más fácil en los conflictos políticos. Así, por ejemplo, después de la derrota en la Guerra de Restauración, permaneció al servicio de España en Puerto Rico, en vez de unirse a sus

1. Adriana García de Aldridge, “De la teoría a la práctica en la novela histórica hispanoamericana”, tesis doctoral inédita, Universidad de Illinois, Urbana, 1972, p. 136.

2. Citado del artículo sobre Galván del *Diccionario biográfico-histórico dominicano*, Rufino Martínez, UASD, Santo Domingo, 1971, p. 187

3. Frank Moya Pons, *Manual de historia dominicana*. UCMM, Santiago, 1978, p. 380.

También (después de rescindir la oferta hecha por Báez de vender Samaná a Estados Unidos) quiso negociar González un tratado de paz, amistad, comercio y navegación con el gobierno de Haití para resolver definitivamente el problema fronterizo que había afectado la vida política dominicana en los últimos treinta años, primero con las invasiones haitianas y, *recientemente, con las actividades revolucionarias a uno y otro lado de la frontera*. Ese tratado fue negociado durante todo el año de 1874 y fue finalmente firmado el 9 de noviembre del mismo, estipulando que las líneas fronterizas se establecerían conforme a los intereses de ambos países y permitiéndose el establecimiento del comercio libre, mediante el pago de una indemnización de ciento cincuenta mil pesos anuales durante ocho años en favor del gobierno dominicano, quien aceptaba en forma tácita la soberanía de Haití en aquellos territorios ocupados por los haitianos hasta la fecha. (El subrayado es mío).

paisanos expatriados en la lucha contra el odiado régimen de Báez⁴. Por otra parte, durante su exilio en Puerto Rico parece que Galván se dedicaba a aprender el arte de la sutileza y la persuasión, de la misma manera que en su novela refleja cómo las autoridades españolas aprendieron de su frustrada lucha contra Enriquillo. La reanexión no había servido para preservar la supremacía española ni la de los oligarcas dominicanos al servicio de España; sin embargo, la magnánima incorporación a la Corona de súbditos no españoles en Puerto Rico demostró ser más efectiva. En la dedicatoria de la edición de 1882 de *Enriquillo*, Galván nos cuenta que la inspiración inmediata para su libro se produjo al presenciar al gobernador de España en Puerto Rico proclamar la emancipación de los esclavos. “Ruidosas y entusiastas vivas a España culminaron aquella escena sublime”.

Tras el derrocamiento del régimen de Báez, Galván volvió a la República Dominicana, y en 1876 se convirtió en Ministro de Asuntos Exteriores para el Presidente Espaillat, puesto que volvió a ocupar en 1887, 1893 y 1903. Al final de su vida fue presidente del Tribunal Supremo (1883-1889) y profesor de derecho en el Instituto Profesional (1896-1902)⁵.

Algunos lectores atribuyen la simpatía con que *Enriquillo* retrata a los españoles a cierto intento simplista por parte de Galván de ser absuelto de su apoyo

4. Los dominicanos suelen atribuir el cambio político de Galván al amor por su país que el exilio despertó en él. Perdonan sus errores de juventud, y se sienten recompensados aparentemente por el fervor patriótico de su madurez, Rufino Martínez (*Op. cit.*, p. 188) escribe, por ejemplo:

El hombre, por razones que él mismo palpará, se convenció de que sólo en la patria naturalmente podría plasmar en bella realidad inquietudes íntimas que le incitaban a entregar el espíritu a una acción creadora. . . En esta, que fue la etapa decisiva de su existencia, el hombre era otro: revelaba un espíritu de selección, estructurado para las cosas nobles.

Esta interpretación se reomonta por lo menos a 1878, cuando José Gabriel García publicó por primera vez su *Compendio de la historia de Santo Domingo*, donde escribió en general acerca del regreso de exilados políticos después de que Báez perdió el poder:

En cambio ya del destierro por cuarta vez, el general Buenaventura Báez, no acompañado como en otros tiempos, sino sólo con su familia, desconocido hasta por sus mejores amigos. . . ocupó el general Pablo López Villanueva la plaza de Santo Domingo el 3 de enero de 1874, anunciando que ‘una revolución moral acababa de efectuarse en la república, y que al presentarse en las puertas de la capital, traía la oliva de la paz y la seguridad de todas las garantías sociales’, dispuesta a aceptar a los hombres de orden de todos los partidos, ‘porque ella quería la unión de todos los dominicanos, para quienes la salvación de la patria era la suprema ley’. ‘Paz y unión, decía, olvido de pasados agravios; sacrificios de personales intereses en aras del interés común, este es el programa que puede darnos la felicidad’. Y cuenta que estas palabras no fueron vanas, porque se siguió el programa de la revolución con tanta fidelidad que la Gaceta de Santo Domingo fundada en sustitución del Boletín Oficial, pudo decir el 13 de enero: ‘las cárceles políticas no encierran un solo preso, y en los consulados extranjeros no se halla asilado ningún dominicano: a nadie se ha inquietado por las opiniones políticas que antes de ahora tuviera, ni se le ha preguntado el partido a que pertenecía; ¡hechos estos que no habían tenido ejemplo en la historia de nuestra desgraciada patria!’ (De la reedición de 1978 hecha por *¡AHORA!*, Santo Domingo, vol IV, pp. 207 y 208).

5. García de Aldridge, *Op. cit.*, p. 137.

a la reanexión. La razón, aparte de ser demasiado personal, es innecesaria, dado su fácil acceso a altos cargos gubernamentales. Si algo amenazaba la tranquilidad de Galván, ello era la inestabilidad política de la República Dominicana, que hacía la isla poco atractiva a los ojos de la inversión extranjera. Sin ella, la naciente burguesía dominicana no podría aprovecharse del *boom* de su industria azucarera, ni realizar su largamente ansiada incorporación al mercado mundial⁶. Erróneamente se considera a veces a Galván un hispanófilo conservador e irracional, enemigo tanto de la supuesta amenaza constante de Haití como de la invasión gradual de los Estados Unidos, la potencia que Báez había cortejado para anexionar a la República Dominicana⁷. La evidencia demuestra, sin embargo, que Galván era tan racional como liberal, e interesado en el progreso y la justicia. Cuando el presidente negro Hereux decidió ganarse los favores del extranjero, después de haber pacificado a su país con una acertada mezcla de fuerza y astucia, envió a Galván en misión secreta a Washington, para negociar la instalación de una base militar norteamericana en la Bahía de Samaná⁸. Por lo que a Haití se refiere, Max Henríquez Ureña señala acertadamente que Galván aún lo temía⁹, pero no como una potencia, como Henríquez asume. Más bien, Haití

6. Franc Báez Evertsz, *Azúcar y dependencia en la República Dominicana*, UASD. Santo Domingo, 1978, especialmente pp. 21 y 22, donde se discute la transformación del capital comercial en industrial (azúcar).

Ese capital, además, no vino de los países desarrollados sino de esa isla vecina que luchaba en esos años por su independencia: Cuba... en los años de la década del 1870...

Esta transformación significó la instauración de una ruptura con la forma precapitalista de producción azucarera y el desarrollo de esta producción sobre bases capitalistas, lo cual significó el paso del trapiche al ingenio movido a vapor... Entre 1875 y 1882 se fundaron de treinta a treinta y cinco ingenios movidos a vapor... con una capacidad de producción media por ingenio de unos 20,000 quintales de azúcar por 125 jornales, con una población de obreros cercana a 200 por ingenio y un tamaño promedio del área cultivada de caña de 2,000 tareas.

En la página 25. Báez Evertsz especifica la relación entre el azúcar y el mercado mundial. El azúcar aseguraba la dependencia de la República Dominicana de Europa, primero, y de Estados Unidos después, a través de la inversión de capital extranjero.

Con la transformación de la producción azucarera sobre bases capitalistas se articula nuestra sociedad a la economía mundial. La contradicción fundamental de toda formación social capitalista-exportadora (el carácter interno de la producción y el externo del mercado...) se plasma. Con los nuevos ingenios movidos a vapor es el mercado interno quien pasa a ser tangencial para la producción de azúcar, mientras que el mercado externo se erige en su conjunto de referencia mediano e inmediato. El mercado de los EE.UU. instaura una doble dependencia para con la producción local: en primer lugar, es en aquel donde se realiza la plusvalía generada internamente; en segundo lugar, es en ese mercado donde la parte de plusvalía ya realizada y destinada a la acumulación puede transformarse en capital fijo.

7. Ver, por ejemplo, Moya Pons, *Op. cit.*, pp. 371-378.

8. *Ibid.*, p. 418.

9. Max Henríquez Ureña, "Forward", en *The Sword and the Cross*, traducción (de *Enriquillo*) de Robert Graves. Bloomington, Indiana, 1954, p. viii.

Lo que subyace a la drástica decisión de Santana y los suyos de buscar la ayuda española y procurar la reanexión de la República Dominicana a dicha nación es la amenaza constante de nuevas invasiones del ejército haitiano, superior en número, cuya agresión había sido repelida hasta el momento. . . Galván, que era muy allegado al

representaba una tradición y un modelo para revolucionarios no-europeos, incapaz de ser incorporada dentro del sistema ilustrado mundial.

El principal objetivo de Galván era negar los lazos entre la tradición revolucionaria negra de Haití y su país, predominantemente negro y mulato, y legitimar así la coexistencia armónica de gobernantes y gobernados. El intento correspondía con la intención española de mantener el orden en Puerto Rico por medio de la liberación de los esclavos rebeldes. Evidentemente, Galván se dio cuenta de que la amenaza de rebelión podía ser suavizada en ambos casos por una magnanimidad paternalista. Es posible también que Galván se inspirase en Oviedo, el historiador real de la Conquista, perfecto conocedor del límite hasta el cual el huésped puede explotar a su anfitrión, sin poner en peligro su propia vida. Posiblemente no sea injusto sugerir que Galván está más próximo al espíritu de Oviedo que al desinteresado humanitarismo de Las Casas. El propósito de la novela no es la protección de los indios; en vez de ello, Galván usa como motivo aparente de la narración el amor cristiano del apóstol para legitimar un código legal más racional que generoso; código que Oviedo comprendió que era necesario para mantener el orden bajo la supremacía española. En su informe sobre la revuelta de Enriquillo, Oviedo acusó a las autoridades españolas de deshonorar su propio sistema judicial, el cual podría haber garantizado su legitimidad si hubieran concedido, simplemente, que el cacique estaba en lo justo al protestar por los abusos de su amo.

Pero, porque dije de suso que de no haber fecho justicia a este cacique el teniente Pedro de Vadillo, subcedió su rebelión (así es notorio en esta isla), parecerá, al que esto oyere, que por mis palabras queda aquel hidalgo obligado a alguna culpa, digo que ya la que el tuvo en aqueste caso el lo ha pagado. . . Porque tiene Dios cargo de punir e castigar los que los jueces del suelo disimulan y no castigan, y aún a las veces se ejecuta su divina sentencia en los mismos jueces, como le aconteció a este: que yendo en una nao. . . padecieron¹⁰.

Con Oviedo, Galván deplora la falta de sensibilidad de los jueces locales, y apela a sus superiores para una solución de compromiso que haga a los rebeldes miembros legítimos de la sociedad española, y al mismo tiempo los someta a su estricta jerarquía. Carlos V llevó esto a cabo en su inestable colonia, Galván realizó un servicio similar a su nación, independiente desde hacía poco y destrozada por las guerras. *Enriquillo* muestra cómo se formó la República Dominicana gra-

presidente Santana, se contó entre los dominicanos que veían en la reanexión a España una barrera a las invasiones de Haití una forma de fortalecer los lazos históricos y culturales entre ambos países...

Arriba, Henríquez Ureña había escrito:

La infancia de Galván coincidió con el período de dominación haitiana. En su adolescencia fue testigo del despertar de la nación independiente, pero su recién creado país estaba en guerra con Haití, guerra que parecía destinada a durar eternamente". p. vii.

10. Gonzalo Fernández de Oviedo. *Historia natural y general de las Indias*. BAC v. 117, pp. 125.

cias a la cooperación de la población indígena con una autoridad española generosa y humana. Galván vio acertadamente en el cacique al primer ejemplo importante de autoridad española conquistando por las buenas lo que no podía por las malas¹¹. Ya que Galván siempre consideró a Haití una amenaza, a través de su epopeya nacional había de trazar una clara distinción entre los “civilizados” dominicanos y los “bárbaros” haitianos. Dicha diferenciación era ya tradicional entre las clases dominantes dominicanas desde 1821, año en que el ejército revolucionario de Boyer invadió la recién proclamada república. La reacción de los esclavistas desposeídos de esclavos y dirigidos por Pedro Santana —que más tarde pediría a España la reanexión— fue organizar la lucha por la independencia nacional, basándose en las citadas diferencias raciales y culturales entre haitianos y dominicanos. Galván asumió y dio forma a tales argumentos. Sin embargo, es importante apreciar su fidelidad a los ideales liberales de progreso y desarrollo por los cuales los Trinitarios habían luchado anteriormente, como vanguardia del movimiento de independencia respecto a Haití¹².

11. Ver Martín Sagrera, *Los racismos en América “Latina”*, Buenos Aires, 1974. Martín Sagrera señala con amarga ironía que los antiguos esclavos apoyaron la lucha dominicana contra Haití a causa de lo que él llama “un proceso de blanqueamiento”, o asimilación por parte de sus anteriores amos.

...cabe preguntar si este interés por considerar la dominación haitiana como una experiencia traumática colectiva no fue también sostenido por el de aliviar los problemas internos de la República. Desde entonces ha sido posible atribuir los rasgos negros de los miembros de las familias respetables a la cruel barbarie de los conquistadores haitianos. Al mismo tiempo, como ya notara Hostos, la ocupación haitiana tuvo como resultado aumentar la cohesión entre los diferentes grupos raciales del país: incluso los más negros eran dominicanos y tomaron parte en la lucha por la independencia. La identidad cultural probó ser más fuerte que la identidad racial. . . Ya veremos como esa “unión sagrada” blanquizante consagra la jerarquía social de colores, constituyendo un solapado racismo que resulta incompatible con el funcionamiento de una sociedad libre y desarrollada en el sentido contemporáneo. (Pp. 131-34).

El extenso análisis de Sagrera sobre las políticas conservadoras en Latinoamérica muestra repetidamente que el “blanqueamiento” era la forma generalizada de preservar el poder desde los primeros días de la conquista. Enriquillo es aquí su primer ejemplo.

El blanqueamiento oficial fue ya el primer sistema de captación de los “señores naturales” de las Indias, los grandes caciques, a los que hábilmente se les hizo codiciar la obtención de un linaje español como garantía de una relativa continuidad de mando. Continuidad tanto más fácil cuanto que el imperio feudal de unos y otros ofrece semejanzas tan grandes que parecerían “imitaciones del diablo” a quien no conociera las limitaciones en los regímenes sociopolíticos posibles y en su lógica interna, lo que lleva a reinventar no sólo las “ideas elementales” sino los detalles insignificantes al parecer de los mismos en los rincones más apartados de la tierra; continuidad de sistema político no sólo por semejanza además, sino a veces, como ya vimos en el caso de Moctezuma, por transmisión de mando del vencido.

Ya Oviedo cuenta la historia de aquel cacique Enrique, que lucha en los tribunales españoles para que se le reconozca el “don”, lo que muestra, como nota Lipschutz, hasta qué punto llega pronto la “adaptación” de uno a otro colonizador. (Pp. 107 y 108).

12. La Trinitaria, fundada el 16 de agosto de 1838, era una organización secreta que tenía por ideal la total independencia respecto de Haití. Pedro Santana se unió a ella después de una corta colaboración con Buenaventura Báez, que apoyaba por aquel entonces que la nación se convirtiera en un protectorado francés. Hombres como Pablo Duarte, o Ramón Matías Mella, que fundaron la organización, junto con otros seis, eran conocidos por sus

Desde Sarmiento, la oposición entre la civilización y la barbarie en el pensamiento latinoamericano ha incluido a menudo barreras raciales y culturales, al menos hasta las reformulaciones populistas en las que el mestizaje y el desarrollo de un mercado interior reemplazan a la obsesión por poblar las tierras con inmigrantes europeos y por consumir productos europeos. Pero incluso en obras como *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y *Raza cósmica*, de José Vasconcelos, el modelo europeo está fuera de toda duda, en un programa destinado a redimir a la población indígena, a base de matrimonios mixtos y "emblanquecimiento" cultural. Jean Franco señala que el populismo que animaba al proyecto de Vasconcelos considera que "el pueblo como materia prima será asimilado por la cultura superior cuyo poder de abstracción (y de universalización) es mucho mayor. 'lo autóctono', declara Alfonso Reyes, es 'un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos que necesitan ser incorporados y disueltos en el fluído de la cultura, a la que comunique su condimento de abigarrada y gustosa especiería'"¹³

Enriquillo se aproxima al tipo de populismo formulado por Vasconcelos; el romance de Galván ofrece un modelo de mestizaje y armonía bajo un catolicismo ilustrado en el que la cultura no-europea se absorbe, más que se incorpora. Pero para romper con el liberalismo anterior de Sarmiento, racialmente determinado, Galván debía de ser más atrevido que los mexicanos. Su "materia prima" era portadora de una carga cultural y política tal que contrasta con las pintorescas, inofensivas y maleables masas que describe Reyes. La gran mayoría de los dominicanos era negra o mulata, y asociada, por tanto, con Haití, el vudú y la rebelión. Tan sólo una generación antes de que Galván acuñase el concepto de *Enriquillo* y Las Casas como padre y padrino de la nación, respectivamente, el patriota Núñez de Cáceres "sabía que la mayoría de la población dominicana era negra o mulata y favorecía la incorporación a Haití"¹⁴. En las guerras civiles que siguieron a la retirada de Haití en 1844 no favorecían ni a los Rojos comerciantes ni a los Azules terratenientes, a pesar de que ambos trataron de convencer a las masas de lo ilusorio de la libertad prometida por Haití, que en el mejor de los casos era por lo menos antipatriótica. Se necesitaba urgentemente una síntesis ideológica y se produjo, no a través de plataformas políticas o movimientos populares, sino por medio de *Enriquillo*. La solución de Galván fue elegante.

ideas liberales, tanto en la defensa del libre comercio como en educar en los valores culturales dominicanos a las masas. Muchos terratenientes se les opusieron, por ver en los esfuerzos por lograr la independencia la desagradable repetición de la proclamación de libertades de Núñez de Cáceres, hecha 21 años antes, precipitado movimiento en el que los hacendados agrícolas veían la causa de la invasión haitiana, Moya, *Op. cit.*, p. 269. Ver también: Josefina de la Cruz, *La sociedad dominicana de fines de siglo a a través de la novela*. Santo Domingo, 1978, p. 31.

13. Jean Franco, "Ideología dominante y literatura: el caso del México postrevolucionario" en *Cultura y dependencia* de Jean Franco, Carlos Blanco, Joseph Sommers, J. Joaquín Blanco, Carlos Monsiváis, Héctor Aguilar, Guadalajara, 1976, p. 19.

14. Piero Gleijeses, *The Dominican Crisis: The 1965 Constitutionalist Revolt and American Intervention*, Johns Hopkins Press, Baltimore and London, 1978, p. 5

Más que intentar rehabilitar a los negros, negándoles su tradición radical, simplemente ignora su existencia excluyéndolos de su mito nacional. Se podría imaginar que de hecho había pocos esclavos negros en el Santo Domingo de 1503-1533, pero Oviedo escribe que había tantos “a causa destes ingenios de azúcar, que parece esta tierra una efugie o imagen de la misma Ethiopia”¹⁵. Contra mi observación de la omisión de Galván, podemos imaginarnos un momento en el que la evidencia de la presencia negra es tan abrumadora que el escritor no puede evitar el deslizar al menos una mención seria sobre los negros. Me refiero al episodio en el que Diego Colón, protector de Enriquillo, sofoca una rebelión de sanguinarios esclavos negros. El éxito de Colón, sin embargo, se lee con alivio como un triunfo sobre el elemento extraño y bárbaro, tan distinto del civilizado europeo como del indígena Enriquillo en vías de civilizarse, a quien Galván tiene buen cuidado en describir como prácticamente blanco. “En suma, la manera de vestir, el despejo de su porte y sus modales, así como la regularidad de las facciones del joven cacique, le daban el aspecto de uno de tantos hijos de colonos españoles ricos y poderosos en la isla” (p. 168). Gracias a la leyenda que Galván contribuyó a crear los negros son considerados extranjeros, haitianos: “. . . en Santo Domingo no hay negros. Cuando un hombre de piel oscura cumple con la documentación oficial de identidad personal, en el apartado correspondiente al color se lee: indio”¹⁶.

Sin abandonar el código liberal de elitismo criollo, Galván consiguió formular un modelo de mestizaje protopopulista. De esta manera evitó la probable resistencia ideológica de los dominicanos blancos, al asumir, más que abandonar, los presupuestos raciales de la época y mostrar que el conflicto no era interno, ya que todos los dominicanos eran fundamentalmente blancos, sino externo, contra Haití.

Incluso sin conocer la intención con la que Galván construyó su “epopeya quisqueyana”¹⁷, su aparentemente libre uso de las fuentes históricas revela un consistente patrón que descubre sus objetivos; los datos discordantes y contradictorios de las crónicas han sido acomodados a la estructura relativamente simple de un romance. El grueso de la narración lo constituyen historias de amor en las que los amantes se convierten en meras personificaciones del bien, y los intrusos encarnan el mal. El padre Las Casas preside todo el relato, estando él mismo a medio camino entre ángel de la guarda y casamentero. El villano es un perso-

15. Gonzalo Fernandé Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, publicada originalmente en 1548 en *Biblioteca de autores españoles*, vol. 117, p. 125.

16. Franklin J. Franco, *Trujillismo: génesis y rehabilitación*, Editora Cultural Dominicana, Santo Domingo, octubre, 1971, p. 67.

17. Félix E. Mejía, citado por Concha Meléndez en un ensayo que hace de introducción a *Enriquillo*, Editorial Porrúa, México, 1976, p. xxiii.

El libro me apasiona y mis ojos se nublan de tristeza o arden de indignación al recorrer sus páginas. Porque enseña y deleita, porque crea y no mata. Porque canta, nueva Iliada, la etapa culminante de la primera epopeya quisqueyana. Por todo eso téngalo por la mejor obra nacional en prosa.

naje totalmente ficticio, llamado Pedro de Mojica, causante de prácticamente todo el sufrimiento de la obra, y en quien recaen todas las culpas con lo que se logra que las figuras históricas permanezcan inmaculadas. Mojica, después de corajar sin éxito a Mencía, para así heredar su fortuna, utiliza todos los medios a su alcance para frustrar el matrimonio entre Mencía y Enriquillo; e inclusive instiga al amo de Enriquillo a violarla después de casada. Para Galván este intento constituye, por supuesto, la causa de la revuelta de Enriquillo y de los 14 años de sufrimiento que ello ocasionó a ambos bandos.

Fray Bartolomé de las Casas, por otro lado, es la encarnación del bien, y tan incapaz de cometer el mal como de cualquier error. Sin embargo, como figura histórica real, sólo hasta 1515 se convirtió en paladín del bien y protector de la población india en extinción, como su propia crónica revela, tras haberse beneficiado de su explotación¹⁸. Incluso arguyó por un corto tiempo que el trabajo más duro debería recaer sobre los robustos esclavos negros, en vez de sobre los débiles indígenas. Mir comenta sarcásticamente el hecho de que, a su llegada al Nuevo Mundo, a los frailes dominicanos les llamaron la atención dos cosas: en primer lugar, que los franciscanos vivían muy bien con sus encomiendas, y, en segundo, que un esclavo negro hacía el trabajo de cuatro indios¹⁹. También es ficción la mutua y duradera devoción entre Enriquillo y Las Casas; el auténtico fray Bartolomé sólo supo de la existencia de Enrique después del triunfo del rebelde en las montañas de Bahoruco.

Galván probablemente se inspiró en la Atala de Chateaubriand para modelar a su heroína Mencía; hay, además, motivos para especular que no es ésta la única

18. Bartolomé de Las Casas. *Historia de las Indias*, estudio preliminar de Lewis Hanke, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, vol. III, pp. 93-95. En su biografía, Las Casas (Dekalb, III., 1974), Lewis Hanke resume el proceso. Ver p. 6:

Tal vez la misma experiencia de Las Casas nos ayude a entender la actitud de los españoles durante los primeros años de la Conquista. A lo largo de su considerable experiencia en la isla de La Española, que comenzó a su llegada en 1502, como miembro de la expedición del Gobernador Nicolás de Ovando, él no era mucho mejor que el resto de los caballeros-aventureros que se lanzaron al Nuevo Mundo, atraídos por la consecución de fortunas rápidas. El mismo nos cuenta su intención de convertir a los indios — y revela también que obtuvo esclavos indios y los hacía trabajar en las minas, y que se ocupaba del cuidado de sus propiedades, que prosperaban. Evidentemente, el sermón de Montesinos no le afectó, puesto que al año siguiente, 1512, participó en la conquista de Cuba y en 1513 recibió tierras y encomienda en recompensa. Las Casas continuó desempeñando su papel de caballero-clérigo, a pesar de que en 1514 un padre dominicano le negó los sacramentos por poseer esclavos. La intensa disputa que siguió le dejó preocupado, pero no convencido. Más tarde cambió de opinión, el mismo año 1514, y en 1515 renunció a su encomienda y a partir de ese momento dedicó su vida a intentar proteger a los indios.

19. Las Casas, *Historia*. . . , III p. 275. A pesar de que no es poco frecuente, la tercera persona es significativa.

Deste aviso que dió el clérigo, no poco después se halló arrepiso, juzgándose culpado por inadvertente, porque como después vido y averiguó, según parecerá, ser tan injusto el captiverio de los negros como el de los indios, no fue discreto remedio el que aconsejó que se trujesen negros para que se libertasen los indios, aunque el suponía que eran justamente captivos, aunque no estuvo cierto que la ignorancia que en esto tuvo y buena voluntad lo excusase delante el juicio divino.

influencia que Galván recibió del maestro de los romances “históricos” franceses, entre cuyas obras se cuenta una llamada *Los mártires*, en la que Chateaubriand intentó reconstruir las raíces nacionales francesas, en el período en que los druidas se encontraron con los cristianos. Tanto Mencía como Atala son semieuropeas (aunque de acuerdo con Las Casas, que la llama Lucía, la mujer de Enriquillo era india pura, y lo mismo sostiene Oviedo), católicas y, por tanto, supeuestamente susceptibles de perfección espiritual. Se puede civilizar a los indios, como en el caso de Enriquillo, quien evidentemente era católico devoto en la realidad, como hasta el mismo cínico Oviedo afirma²⁰. Sin embargo, si los indios por casualidad son paganos, Galván los retrata o bien como carentes de inteligencia (Guaroa), o bien como sanguinarios (Tamayo).

Los detalles sentimentales y la insistencia en la naturaleza mansa y desapasionada de la mestiza, calculados sin duda para provocar nuestra admiración ante una criatura tan cristiana, hacen pesada gran parte de la larga narración del noviazgo de Enrique y Mencía, sin embargo, nada de ello tiene gran cosa que ver con los datos históricos. Por otra parte, otra aventura todavía más fantástica, de hecho completamente ficticia, domina gran parte del libro. Se trata del devaneo nunca antes novelado, entre Juan de Grijalva y María de Cuéllar. Esta lánguida heroína fue casada contra su voluntad con Diego Velázquez, a quien dejó viudo tan sólo seis días más tarde. Tanto el matrimonio como la muerte son reales; pero lo demás es ficción, y además tediosamente inflada. Sin embargo, si se lee *Enriquillo* como el romance de la historia nacional, no son nada irrelevantes ni las alegrías y sufrimientos de Enriquillo y Mencía ni la letal frustración de Juan y María; éstas articulan, respectivamente, las bases para la legitimidad o ilegitimidad de una unión, donde la legitimidad es producto más del amor que de la cuna. Donde Galván muestra de la manera más clara el poder del amor para superar divisiones de clase es en la relación amorosa entre Diego Colón y la sobrina del rey, María de Toledo.

El cacique y Mencía estaban destinados a casarse, a causa de su amor mutuo y de la promesa hecha a la madre de ella en su agonía. Doña Ana, Higuemota de origen, muere prácticamente a consecuencia de la destrucción del paraíso terrenal con que comienza la narración:

El nombre de Jaragua brilla en las primeras páginas de la historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Hesperia, el bellissimo valle de Tempe, y algunas otras comarcas privilegiadas del globo, dotadas por la naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación, y poblarla de quimeras deslumbradoras. Como

— 20. Oviedo, *Op. cit.*, p. 133, relata que, cuando se enviaron regalos a los indios para celebrar el armisticio, Enriquillo no se interesó en absoluto por las ropas finas, joyas y similares que su esposa y sus oficiales disfrutaron. . . “Puesto que don Enrique no pidió otra cosa sino imágenes; de que se colige que la fe no estaba en el de todo punto desarraignada o extinta, ni la crianza que tuvo en su niñez con los religiosos del monasterio de Sanct Francisso desta ciudad”.

ellas, el reino indio de Jaragua aparece ante los modernos argonautas que iban a conquistarlo, bajo el aspecto de una región maravillosa, rica, feliz. . .

Y, en efecto, la conquista, poniendo un horrible borrón por punto final a la poética existencia del reino de Jaragua, ha rodeado este nombre de otra especie de aureola siniestra, color de sangre y fuego —algo parecido a los reflejos del carbunco. (p. 7)

El intento de reunir a la familia real, y de esta forma reestablecer la armonía, da forma de romance a la narración. De ahí los años de espera hasta una edad adecuada para el matrimonio, la interferencia de Mojica, el apoyo de Diego y las concesiones otorgadas a través de Las Casas, todo lo cual sirve para ilustrar, de manera bastante predecible, lo inevitable de la re-unión de Enriquillo y su legítima prometida (donde también debe leerse la re-unión del Pueblo con su Tierra) a pesar de todos los obstáculos, aparentemente insuperables. Al mismo tiempo, la trama permite que los clarividentes españoles actúen como padrinos y se legitimen a sí mismos en el proceso.

La tragedia de María de Cuéllar, en contraste, nos muestra cómo la avaricia e insensibilidad de su padre la forzaron a un matrimonio de conveniencia, que destruiría a todos los interesados; a ella, a su enamorado, a su marido, e igualmente a su desconsolado padre. La moraleja de estas historias es que el amor salva; Galván entiende esto por lo menos a tres niveles, todos ellos interrelacionados: el religioso, el conyugal y el político. Enriquillo y Mencía se salvan gracias a su mutuo amor, al eclesiástico amor paternal de Las Casas, y, finalmente, gracias al imperial amor paternal de Carlos V, que sienta la base tanto para un buen gobierno como para sólidas relaciones personales.

Correlativamente con la intención del romance, los líderes políticos son evaluados a la luz de su capacidad de amor. Fray Nicolás de Ovando, “autor de la. . . catástrofe” de Jaragua, es una “poco simpática figura”, “hombre de hierro”, etc. (pp. 7-8), mientras que Cristóbal Colón y su heredero Diego se cuentan entre los varones preclaros y amados por sus súbditos, sensibles a las crisis domésticas más insignificantes, incluso en medio de caos político, y envidiados por sus enemigos, que les acusan falsamente; de hecho, la única ocasión en que Galván critica a Diego es cuando éste decide que la conquista de Cuba por Diego Velázquez es más importante que la felicidad de María de Cuéllar. Sin embargo, el nivel político y el personal se funden en la narración, y cuando Concha Meléndez observa que la historia de la Conquista está ausente en *Enriquillo*, desplazada por aventuras amorosas, se equivoca en su conclusión; que el diferente enfoque es una evasión de la historia²¹. Por el contrario, más respeto por la armonía doméstica habría sido políticamente prudente en el romance, ya que el matrimonio es aquí la metáfora central de las coaliciones políticas.

21. Concha Meléndez, *Op. cit.*, p. xii.

Josefina de la Cruz. *Op. cit.*, p. 14.

Los auténticos Cristóbal y Diego Colón son más complejos, si bien menos admirables de lo que Galván los describe. Es cierto que el descubridor ensalzó a los indios de La Española por bellos y amables, y singularmente favorecidos por la naturaleza. Pero sin embargo, dos años después de su descubrimiento Colón envió a 500 de ellos a España para venderlos, y de esta manera reunir dinero para futuras expediciones. Y con toda seguridad hubiera continuado con este negocio si la reina Isabel no se hubiera indignado por ello. Sus relaciones con los españoles que tenía a su cargo no eran mucho mejores: Colón negaba comida y salario a sus paisanos trabajadores, lo que les llevó a rebelarse, al mando de Francisco Roldán, y a exigir igualdad en La Española, al menos entre españoles. Y por su parte, Diego heredó tanto el mandato como la ambición de su padre. Tras de ganar finalmente los derechos legales para la gubernatura de la isla, Diego luchó sin éxito por mantenerlos. Y Galván lo convierte en víctima perpetua de una burda manipulación. La historia simplemente sugiere que fue perdedor en un conflicto de intereses. Pero ni las crónicas ni Galván muestran gran indulgencia ante la avaricia del rey Fernando y su falta de respeto por los derechos legales.

Ya que la mayoría de los personajes de Galván son caracteres puros netamente diferenciados en grupos de buenos y malos, y el peor enemigo es puramente ficticio, la presencia de auténticos villanos que poseen momentos de compasión como Ovando, Velázquez y Fernando distorsiona la estructura simple del romance. Cuando a ellos se les permite asomarse a través de las rendijas de la ficción, el esfuerzo por superar el mal se convierte en una responsabilidad, más que en mera buena intención escapista, de la que Galván ha sido acusado. La demanda de un cambio real se presenta de la forma más clara al final del libro, en una de las frecuentes interpolaciones moralizantes de Galván, en la que sugiere que el mal de la República Dominicana es estructural, y no será eliminado, por tanto, por medio de chivos expiatorios como el ficticio Mojica.

Los padres comisarios no pudieron sustraerse a la preocupación que hasta nuestros días parece haber sido común a la mayor parte de los gobernadores coloniales, de exagerar el respeto a los intereses creados, por injustos, ilegítimos y escandalosos que fueran. La facilidad con que el espíritu de lucro, puesto como base fundamental a la creación de colonias, degenera en desenfrenada codicia, y se engríe convencido de que todos los sentimientos del hombre deben estar subordinados a la sordida utilidad, a causa de que se difunda en la atmósfera moral de las sociedades así constituidas, una especie de niebla mefítica que ofusca la razón y la convierte en cámara oscura, donde los objetos se reflejan falazmente, en sentido inverso del que realmente tienen: de esta especie de fascinación sólo pueden librarse las conciencias privilegiadas por un temple exquisito cuya rectitud resiste sin torcerse a todas las aberraciones, a todas las sugerencias del interés o del temor. *Rara avis.* (p. 206).

Si bien este pasaje es una crítica honrada, descarnada incluso, de la propia clase social de Galván (lo que ya de por sí debería hacer dudar al lector de aquellos que con demasiada facilidad le caracterizan como "reaccionario"), no obs-

tante asume que no todos los miembros son culpables de ambiciones burdas; se salvan unos cuantos “pájaros raros”, como Las Casas y Enriquillo. Los dos se han comprometido a hacer el bien, a proteger a los que de ellos dependen y a ser leales a las autoridades superiores. Con respecto a Las Casas, aparentemente Galván no va demasiado lejos con él, a pesar de que la extraordinaria bondad del apóstol es un desafío a la imaginación. Pero incluso con una figura tan increíblemente perfecta, Galván parece sentirse obligado a eliminar algunos detalles incómodos de las crónicas. Ya hemos mencionado el no tan blanco período que precedió a la dedicación de Las Casas a la causa de salvar a los pocos indios que sobrevivieron a la conquista. No habría comprometido la reputación del héroe el que Galván hubiera incluido la anterior debilidad de Fray Bartolomé por la aventura y la comodidad; de hecho, la habría hecho más verosímil.

En el caso de Enriquillo, sin embargo, revelar los detalles de su pacto con Carlos V hubiera sido devastador para un romance que convierte al cacique libertario en héroe y padre de su pueblo. Gonzalo Fernández de Oviedo, el cronista real, admite que España no era rival peligroso para los indios rebeldes, y recoge con alivio los términos de la paz que finalmente se hizo: Enrique compró su libertad vendiendo esclavos.

Y el cacique Enrique prometió de la (paz) guardar siempre inviolablemente. E dijo que recogería todos los otros indios que el tenía e que andaban de guerra por algunas partes desta isla; e que cuando los cristianos le hiciesen saber que andaban algunos negros alzados, los haría tomar. e que si fuese necesario. el mismo iría a lo hacer, y enviaría capitanes a ello, para que los otornasen e los trujesen atados a poder de los cristianos cuyos fuesen tales negros. De allí adelante, sus indios todos le llamaban *don Enrique, mi señor*, porque vieron que en la carta. Su Majestad le llamaba don Enrique²².

Oviedo explica en otros pasajes como se devolvía a esclavos indios fugitivos, en virtud del mismo pacto.

Sería injusto decir que la falsificación de Galván no había tenido precedentes; Las Casas, como se verá con más detalle posteriormente, había hecho omisiones similares en lo que se refiere a la colaboración de Enriquillo con los dueños de esclavos. Sería igualmente condescendiente excusarle de toda responsabilidad historiográfica sobre la base de que lo que escribió era meramente una obra para entretener. Galván escribió conscientemente para influir en la política al mostrar, como indica en su prólogo de 1909, los “yerros pasados como admoniciones aplicables a yerros análogos de aquélla (1882) actualidad; cuyos efectos, previstos entonces, han adquirido ya el sello de lo irremediable” (p. 3).

Posiblemente las continuas guerras civiles desilusionaron a Galván respecto al efecto a corto plazo de su esfuerzo; pero tanto el libro como la leyenda que alimentó son todavía inmensamente populares en la República Dominicana.

22. Oviedo, *Op. cit.*, pp. 131- 32.

Juan Bosch, por ejemplo, en su conocida e influyente *Composición social dominicana*, se refiere al personaje histórico Enriquillo como líder del primer movimiento de resistencia nacional a la opresión extranjera. Aunque no menciona a Galván, es evidente que usa la idealización del romance cuando señala orgullosamente la diferencia entre la resistencia de los indios y la huída de los esclavos negros. “Los indios de Enriquillo luchaban por su libertad como pueblo, y los negros. . . como individuos”²³. Sería difícil continuar la comparación entre ambos, ya que la imagen del cacique como líder de la liberación nacional es, aparentemente, muy estimada a estas alturas.

A pesar de que es evidente que la obra de Galván es un modelo de libertad a la hora de seleccionar detalles y de construir tipos ideales, sin embargo ha sido tradicionalmente alabada por lo que erróneamente pasaba por imparcial precisión histórica. Un lector típico comenta que Galván intentó despertar una simpatía nostálgica por los indios, y al mismo tiempo admiración por los humanitarios españoles, y sin duda tiene razón. Sin embargo, añade muy típicamente, Galván “alcanzó su difícil meta sin distorsionar la verdad histórica, y sin recurrir a la adulteración de la literatura con fines políticos”²⁴.

¿Es posible que los datos históricos puedan evocar sentimientos tan benignos como son la nostalgia y la admiración? Por lo que se refiere al interés del crítico en redimir a la literatura de todo matiz político, parece fuera de lugar, al menos respecto al trabajo de Galván. De hecho, otros lectores compatriotas, tales como el ilustre Pedro Henríquez Ureña, aplauden lo que consideran precisión histórica en *Enriquillo* porque los mismos hechos parecen tener un impacto político. Pero una comparación entre la ficción y sus fuentes muestra, por el contrario, que el punto fuerte de Galván no consiste en haber transcrito modestamente las crónicas, sino en haberlas convertido en algo nuevo: el texto fundador de la nacionalidad dominicana. Por esta razón Pedro Henríquez Ureña puede exaltar el

23. Juan Bosch, *Composición social dominicana*. Santo Domingo, cuarta edición, 1974, p. 38.

24. Anthony Castagnaro, *The Early Spanish American Novel*, New York, Las Américas Publishing Co., 1971, p. 147. Ver también: Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Santo Domingo, 1971, vol. II, p. 288.

Describió, pues, con gran mesura y no sin cierto estudiado alarde de imparcialidad, el choque de la raza conquistadora con la raza aborigen. Logró cabalmente su objeto sin apartarse de la verdad histórica. . .

Notable entre los defensores del respeto de Galván por la historia es Jean Franco, quien observa en su *The Modern Culture of Latin America* (Londres, 1968, p. 20) que la novela histórica *debería* haber sido un género importante durante el período del movimiento independentista, como instrumento para conformar la conciencia nacional, y dar a la vez un sentido de tradición. Se quedó, sin embargo, a un nivel superficial, utilizando la historia como mero adorno. Solo *Enriquillo*, tal vez por contraste, parecía presentar una buena visión del pasado. Incluso G.R. Coulthard, cuyo análisis de la forma de retratar a los negros en la República Dominicana, en su obra *Race and Colour in Caribbean Literature* (Londres, 1962, p. 8) es bastante crítico en general, curiosamente absuelve la novela de Galván. Por lo visto desconocía la distorsión con la que Galván dibujó las relaciones entre razas.

libro de Galván, y no la obra de Las Casas u Oviedo, como la llama del futuro para su país y para Latinoamérica en general.

Y así, este vasto cuadro de los comienzos de la vida nueva en la América conquistada es la imagen de la verdad, superior a los alegatos de los disputadores: el bien y el error, la oración y el grito, se unen para concertarse en armonía final, donde españoles e indios arriban a la paz y se entregan a la fe y a la esperanza²⁵.

Sin embargo, la libertad con la que Galván se desvía de sus fuentes no pasa inadvertida por lo menos a uno de sus lectores más entusiastas, José Martí. Si se lee críticamente la arrebatada carta que dirige a Galván, como compañero en la tarea de definir y consolidar América, se pueden extraer las siguientes conclusiones: 1) Galván construyó de hecho una nueva forma de narrar la historia americana; "Leyenda histórica no es eso; sino novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana". 2) Enriquillo y Mencía han sido modelados a partir de idealizaciones cristianas, "¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús! ¡Qué Mencía, casada más perfecta que la de Fray Luis!". 3) El género, si bien mixto, es predominantemente épico; "¡Qué profundidad en la intención! ¡qué arte en todo el conjunto, que baja al idilio cuando es menester, y se levanta luego sin esfuerzo, y como a esfera natural, a la tragedia y la epopeya! Acaso sea esta la manera de escribir *el poema americano*"²⁶ (el subrayado es mío).

El mismo atrevimiento que Martí valora en Galván se convierte para algunos lectores contemporáneos en fuente de crítica; éstos asumen, como sus admiradores tradicionales, que es preciso el rigor histórico para un trabajo políticamente válido. Especialmente desde la muerte de Trujillo, hecho que permitió una mayor expresión de oposición política, los dominicanos han comenzado a reevaluar a Enriquillo, al menos desde una posición ideológica definida. Incluso los críticos más severos de su ideología parecen amedrentarse ante la estatura de la prosa de Galván. Pedro Mir, por ejemplo, tras de exponer el engaño y lo absurdo de la leyenda nacional forjada por Galván escribe: "Es cierto que gran parte de ese recuerdo de la leyenda se debe a su pluma brillante, a su estilo ponderado y sereno de gran porte clásico"²⁷. Y Pedro Conde pone el dedo en la llaga de la manera siguiente: "El problema no estriba en que *Enriquillo* es una novela reaccionaria, negativa, el problema es que *Enriquillo* es una buena novela reaccionaria que se ha conquistado la atención de un cierto público, bastante numeroso por cierto"²⁸.

25. Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos*, selección y prólogo por José Rodríguez Feo, Casa de las Américas, Habana, 19, p. 371. Fue originalmente un artículo publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de enero de 1935.

26. José Martí, "Carta-prólogo", en la edición de *Enriquillo* en México, 1974, p. 5.

27. Pedro Mir, *Tres leyendas de colores*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1969, ref. a Taller, 1978, p. 167.

28. Pedro Conde, *Notas sobre el Enriquillo*, Taller, Santo Domingo, 1978, p. 9.

La veracidad del comentario de Conde puede juzgarse a la luz del hecho de que la novela se incluyó en los programas de estudios escolares al poco de su publicación. Incluso ahora, el dominicano que se gradúa de bachiller debe haber tenido que leer *Enriquillo* por lo menos 4 veces²⁹, como asegura el historiador Franklyn J. Franco, quien explica que el libro

elevado desde el siglo pasado a la calidad de lectura obligatoria por el sistema de enseñanza oficial, cumplió su papel de puente ideológico que permitió la rehabilitación de la concepción españolizante. . . Para nosotros, a pesar de todo lo altamente positivo que fue en otras latitudes el movimiento literario indigenista, este Enriquillo de nuestras culpas, no fue más —lo digo tajantemente— que un perfecto instrumento de manipulación ideológica³⁰.

Este tipo de evaluación de doble filo, negativa por la manipulación que Galván hace de la historia y positiva por sus logros estéticos, debería dejar intranquilo al lector, en mi opinión. Historia y narrativa tienden a ir ligadas por el criterio de probabilidad, o, para emplear el término más al uso en la crítica contemporánea, verosimilitud. Considero inconsistente, por tanto, culpar a *Enriquillo* por la manipulación intencionada que convierte a la historia en increíble fantasía, y, al mismo tiempo, alabar el trabajo por su coherencia artística. La novela, de hecho, adolece de serias fallas estéticas a causa de sus afrentas a la verosimilitud, hasta el punto de que Conde tiene razón, sin duda, cuando afirma que *Enriquillo* probablemente no es una gran novela; es, simplemente, lo mejor que podía ofrecer la clase dirigente dominicana³¹.

Por lo menos un crítico, sin embargo, basándose en principio en valores más estéticos que ideológicos, argumenta tanto contra los logros artísticos como históricos del libro. Se trata de Robert Graves, traductor de la novela y quizás el más versátil y prolífico de los autores contemporáneos en lengua inglesa. Su propia sensibilidad y lógica de artista hicieron que Graves se sintiera evidentemente incómodo con la obra de Galván, así como con el encargo que le hizo la U.N.E.S.C.O. de traducirla, como la primera en una serie de obras clásicas latinoamericanas que fueron consideradas dignas de representar una parte de la “historia cultural de la humanidad”. A pesar del reconocimiento general, y del estandarizado entusiasmo hacia Galván como historiador y estilista expresado por Max Henríquez Ureña en su prólogo a la edición inglesa, a Graves obviamente le molestó el libro. Sus comentarios no tienen mucho que ver con las humildes justificaciones a que nos tienen acostumbrados los traductores. Por el contrario, al parecer graves se muestra molesto por los puntos débiles de la narración, que él correctamente atribuye a la negativa de Galván a enfrentarse con la historia sin rodeos.

Aceptando aparentemente la polaridad entre forma y contenido, Graves alaba el estilo de Galván. “Estoy cordialmente de acuerdo con el elogio que del español

29. Entrevista con Franklin Franco, 2 de agosto de 1979.

30. Franklin Franco, *Trujillismo*, p. 67.

31. Conde, *Op. cit.*, pp. 8-10.

de Galván hace el señor Henríquez Ureña³². Pero señala a continuación abusos estilísticos de la novela que han sido igualmente puestos de relieve por críticos dominicanos contemporáneos. Como ellos, Graves excusa lo que Conde denomina: “la exagerada dosis de sentimentalismo y lloriqueísmo, propios de los autores románticos”³³, y anuncia que “estos han sido modificados en la traducción para ponerlos a la altura del gusto contemporáneo”³⁴. Sin embargo, Graves se queda corto al referir las libertades que se permitió para intentar reducir la falta de gracia de Galván. La crítica del estilo de este último es práctica y consistente, a pesar de que la cortesía requería que Graves dijera una palabra amable, especialmente después de sus escrupulosas objeciones al contenido de la novela. Una lectura simultánea del original y la traducción muestra que Graves no sólo eliminó párrafos enteros, que consideraba justamente innecesarios o poco interesantes, sino que con frecuencia desenterró de la novela la maleza de cláusulas subordinadas redundantes, epítetos absurdamente repetitivos, y que a menudo corrigió las poco plausibles caracterizaciones de Galván por medio de una más feliz elección de palabras. Como *Traduttore* Graves no fue *traditore* en absoluto, sino *editore* y *sahvatore*, al menos en la medida de lo posible³⁵.

32. Robert Graves, “Nota del traductor”, *Op. cit.*, p. xvi.

33. Pedro Conde, *Op. cit.*, p. 8.

34. Robert Graves, *Op. cit.*, p. xvi.

35. Se podrían citar multitud de ejemplos, pero unos cuantos serán suficientes:

1. El primer párrafo del capítulo XXVI, “Derechos hereditarios”, ha sido omitido en la traducción de Graves; sin duda consideró que la longitud del párrafo contradice la promesa de “abreviaremos” que introduce el párrafo posterior.

2. En el mismo capítulo, Graves omite la digresión, de una página de longitud, acerca de las relaciones de Diego Colón con el rey Fernando. Parece seguir el tardío consejo de Galván: “. . .pero no anticipemos unos sucesos a otros, que acaso tendremos que mencionar esas miserables intrigas en el discurso de nuestra narración”, p. 64.

3. Graves no repite la costumbre de Galván de describir los rasgos esenciales de los personajes, en vez de mostrarlos en el contexto dramático. Por ejemplo, en relación con Diego Velázquez, p. 75; Graves, p. 83.

Es muy significativo el que la mayoría de los pasajes ajenos a los hechos históricos se hallan en la primera parte de la novela; la segunda se basa en las fuentes y es, en general, más interesante. Y en esta parte Galván peca de omisión.

4. Graves omite las frases entre paréntesis: “Un jinete de mala catadura se acercó a poco andar a Enriquillo, (que continuaba cabizbajo) y tocándole familiarmente en el hombro le dijo.” P. 53; Graves p. 55.

“(El astro cardinal de aquella deslumbrante constelación es) don Fadrique, el jefe de la familia, el ilustre y poderoso duque de Alba, primo y válido del rey Fernando, . . .” P. 61; Graves, p. 65.

“Este retardado dio lugar a otra mortificación (mayúscula) para el(orgullosa) comendador”. P. 67; Graves p. 70.

“Habló de Diego Velázquez con encomio, (y luego pasó revista uno por uno a los individuos más distinguidos de las comarcas meridionales y occidentales que acompañaban al vencedor de Guaroa y de Hatuey, intercalando en sus disertaciones sobre cada uno curiosas noticias relativas al estado de la isla y a los pasados sucesos)”. P. 68; Graves p. 72.

“Conoció a primera vista, (con su mirada perspicaz y penetrante,) la naciente pasión de Velázquez por María de Cuellar: . . .” P. 76; Graves p. 84.

Seguramente el mismo Galván habría considerado fuera de lugar la alabanza que Mir hizo del estilo de la novela, o el a duras penas reconocimiento de su mérito estético por parte de Conde, ya que ambos hacen objeciones a su contenido. Pocos novelistas enfatizan tanto como Galván su fidelidad a la verdad histórica o su documentación previa. En adición a las múltiples notas a pie de página, relativas a la historia de la época, o inmediatamente posterior, y aparte de los apéndices plagados de largas citas, Galván simplemente afirma a menudo que cierto pasaje es “histórico”. Se apropia asimismo de párrafos enteros de Las Casas y los identifica en el cuerpo de la novela. Sin embargo, esa insistencia en la documentación tiene poco que ver con un compromiso de precisión historiográfica, como

“Y Las Casas echó los brazos al cuello a Enriquillo, mirándole con intensa ternura. El cacique quiso responder, pero no pudo, porque la emoción embargaba su voz, (al terminar el piadoso filántropo su discurso.) P. 102; Graves p. 117.

“En regla general, lo que quiere decir que no deben faltar sus raras excepciones (de hombres de bien, que repugnen las fullerías en todos los casos). P. 114; Graves p. 113.

“El sacerdote se alejó llevándose vivamente la mano al corazón, movimiento que tanto pudo ser efecto de un vehemente impulso compasivo, como del recuerdo de que hacia aquel sitio reposaba oculto, cuidadosamente guardado, el misterioso papel que (la interesante moribunda) le confiara un día (para el infeliz ausente, objeto de su amor.) P. 147; Graves p. 175.

“Decidme, prima mía –preguntaba entretanto (el cacique con grave compostura, a su linda interlocutora–) P. 175; Graves escribe “Enriquillo”, p. 212.

“Los viajeros llegaron (sin incidente digno de mención a Santo Domingo,) unos doce días después (de haber despachado Las Casas su carta para Valenzuela)”. P. 196; Graves p. 237.

“...este no necesitó jamás apelar a medidas de rigor para mantener su absoluto imperio y predominio sobre los que le consideraban dotado de sobrenatural virtud, (y constituido sobre ellos como salvador y custodio por voluntad divina)”. P. 275; Graves p. 237.

5. Los siguientes epítetos, entre otros, han sido omitidos por Graves:

– “Las Casas (siempre compasivo y eficaz). . . P. 80; Graves p. 89.

– “. . . a la (bondadosa gran señora). . . P. 81 ; Graves p. 90.

– “. . . prosiguió (el filántropo)”. P. 101; Graves p. 116.

– “A la una del día eran recibidos por Diego Colón en la fortaleza (el licenciado) Las Casas y (el capitán) Velázquez”. P. 113; Graves p. 132.

6. Graves, en un intento de dar consistencia a la novela, alteró las palabras siguientes:

– “Esposa mía, vos cuidaréis de la orfandad de la niña que tanto impresión *os hizo*”. P. 71. Graves escribe, “a los dos” (“on both of us”), p. 77.

– “Voy a haceros ver, señor Mojica, que no es eso tan fácil como lo pintáis dijo lentamente Velázquez – mi elección está hecha, y sin embargo, la elegida no será mía, su corazón pertenece a otro”. P. 76. Graves, en cambio, escribe: “Velázquez se quedó en silencio”. (Velázquez remained silent”). P. 84 (Es decir, debiera haberse quedado en silencio).

– “¡Según eso, vos sois) doña María de Cuéllar! – *exclamó* Las Casas sorprendido”. P. 133; Graves escribe: “Doña María de Cuéllar, murmuró Las Casas” (“Doña María de Cuéllar, muttered Las Casas”). P. 157.

– “Lanza el pájaro contra la faviota primero: las sardinas nos lo agradecerán – dijo don Diego”. P. 136; traducción de Graves: “ ‘Primero una gaviota’, respondió alegremente, ‘ya que compadecemos a los peces más pequeños’ ” (“ ‘First a sea gull,’ he answered gaily, ‘for we sympathize with the little fish’ ”.) P. 161.

– “. . . experimentado por ende en tratar materias arduas y guiar negocios difíciles”. P. 144. Graves lo reduce a “diplomático” (“diplomatic”). P. 171.

– “Pareció *satisfecho* Velázquez con este razonamiento, y volvió a continuar sus largas e *interesantes* conferencias con el almirante. . .” Graves, “halagado” (flattered”) . . . “elevadas” (“exacting”). P. 174.

Lukács muestra repetidamente en *La novela histórica*. Por el contrario, la documentación puede ser meramente decorativa y delatar incapacidad o cierta repugnancia a interpretar fielmente la historia. Borges ofrece una nueva clave para interpretar las discrepancias entre un texto original y una cita del mismo. Su Pierre Menard, el autor del Don Quijote contemporáneo, puede haber producido un texto aparentemente idéntico al de Cervantes. Sin embargo, como Borges explica, el de Menard es infinitamente más complejo, porque está escrito con un conocimiento acumulado de siglos que convierte al libro de Cervantes en ingenio, por contraste. De una forma similar, los pasajes de la crónica de Las Casas que Galván cita, o a los que hace referencia, no son ya los mismos. Han perdido su carácter desinteresado, y, con él, su excusa para estar incompletos. Galván utilizó a Las Casas para adquirir precisamente el “efecto de validez” que inspira la historia, pero dicho efecto se desvanece al percibir nosotros la manipulación de Galván, al igual que la ausencia de los intereses inmediatos que hicieron tan indulgentes a sus lectores provocan necesariamente en nosotros una lectura más crítica³⁶.

Galván afirma hechos que sabe falsos y deja de mencionar detalles que, de haber sido presentados, habrían hecho su historia más coherente, pero también menos útil. Las discontinuidades del argumento, la increíble simpleza de los personajes, las largas e irrelevantes digresiones, así como las omisiones obvias, todo ello traiciona una cierta incomodidad con su material. Me viene a la mente cierta reflexión poco amable de Collingwood hacia Tucídides, que podría estar también justificada en lo que a Galván se refiere: “¿Qué pasa con este hombre, por qué escribe así? Les digo que tiene mala conciencia”³⁷. Debemos añadir que Galván también tenía un plan para aliviarla: una visión armónica, en la que reina la igualdad entre razas y clases, bajo el poder de un gobierno clarividente.

Si bien *Enriquillo* ha dejado de tener impacto sobre ciertos lectores de la actualidad, no debemos ignorar el atractivo que ejerció sobre sus contemporáneos y sobre varias generaciones posteriores. Ello nos lleva a dudar de que existe una relación necesaria entre el hecho de influenciar a la opinión pública y el de articular la realidad social con honestidad. Si *Enriquillo* tuvo de hecho el poder de comunicar una nueva visión de la nación, podemos explicarnos su éxito de por lo

36. La comparación entre el *Quijote* de Cervantes y el de Menard ilustra con acierto las complicaciones que surgen al citar Galván literalmente a Las Casas.

La interpretación que Zygmunt Bauman ha dado a la historia de Borges podría muy bien aplicarse al *Enriquillo* de Galván: “El arcaico estilo de Menard –bastante extraño, después de todo– sufre de cierta afectación. No es este el caso de su antecesor, que maneja cómodamente el español de su época.” El sencillo convencionalismo de la lengua vernácula de Cervantes se convierte en afectado arcaísmo bajo la pluma de Menard. . .”

Lo que esto demuestra, por encima de todo, es la intrínseca fluidez del significado. Este, lejos de adherirse al texto de una vez por todas, por la intención del autor, continúa variando al ritmo en que cambia el mundo del lector. Es parte integrante de este mundo, y sólo dentro de él puede tener sentido”. De *Hermeneutics and Social Science: Approaches to Understanding*, Hutchinson University Library, Londres, 1978, p. 229.

37. R.G. Collingwood, *The Idea of History*, Londres, 1946, p. 29.

menos dos maneras, o bien los lectores estaban preparados de antemano para recibir dicha visión y, por tanto, ofrecieron poca resistencia, o bien las contradicciones inherentes al período que Galván reinterpreta estaban tan enraizadas en su material, que ni la más grande manipulación podía erradicarlas. En otras palabras, al admitir que la historia dominicana se inauguró por medio de una lucha a muerte entre los indios indígenas y los opresores españoles, Galván puede librarse de ataques; no sólo revela la injusticia de una ideología católica mal empleada, y las contradicciones resultantes, sino que también, al igual que Las Casas, se pone del lado de los oprimidos.

Jürgen Habermas, en su importante trabajo sobre teoría de la comunicación, arguye persuasivamente que la validez del discurso no es un efecto que se mide necesariamente por datos empíricos, sino, más bien, es el resultado de una percepción de sinceridad en el hablante³⁸. El que Las Casas o Galván sea o no convincente hoy es un asunto que en manera alguna disminuye el “efecto de validez” de sus obras para sus contemporáneos. De hecho, las elocuentes denuncias de Las Casas fueron la causa de que se proclamaran en Burgos leyes humanitarias para la protección de los indios, y la nación dominicana se reconoció como tal tras la publicación e inmediata institucionalización del *Enriquillo* de Galván.

Epílogo: Mentiras piadosas

A pesar de que la ficción de Galván se apropia del conveniente material ofrecido por Oviedo, especialmente por lo que hace a los pasajes finales que celebran el razonable comportamiento de Enriquillo y la generosidad del emperador, el resto del romance se aproxima mucho más a la *Historia* de Las Casas. Ello pone en cuestión la naturaleza de la crónica del clérigo. ¿Se trata de historia, o de relato ficticio? Lo mismo se podría preguntar acerca de las obras de Galván, Pedro Mir, Marrero Arísty o de cualquier otro novelista. Cuando se dictomizan drásticamente las vocaciones de historiador y narrador, se hace muy difícil caracterizar a muchos de estos últimos.

Los detractores de Las Casas, e incluso muchos de sus admiradores, le han acusado de no ser historiador en lo más mínimo, sino más bien un creador de cuentos, por medio de su predominante uso de datos sueltos. “Ha sido llamado noble apóstol de los indios, piadosamente fanático. . . ; pero pocos hombres en su época o más tarde le han considerado como un verdadero historiador”³⁹. Sus

38. Jürgen Habermas, *Communication and the Evolution of Society*, traducción de Thomas McCarthy, Boston. Beacon Press, 1979, especialmente pp. 58-67.

De hecho, la prueba palpable de la validez de *Enriquillo* es que convenció a tantos lectores. Este es prácticamente el único modo de medir el efecto de validez. “Para empezar, sólo sabemos qué resultado se produce, si tiene éxito el acto lingüístico – en lo que se refiere a producir una relación interpersonal. . . Hablaré del éxito de un acto lingüístico si y solo si el oyente no solo entiende el significado de la frase emitida, sino que además entra de hecho en la interrelación que el hablante buscaba”. P. 59.

39. Lewis Hanke, “Prólogo”, en *Historia de las Indias*, *Op. cit.*, p. x.

defensores se quejan de que las objeciones son miopes, y toman erróneamente exageraciones estadísticas por importantes distorsiones de significado⁴⁰. En su apología de Las Casas como historiador, Lewis Hanke llega al extremo de argumentar que, incluso en el supuesto de que el cronista dominicano escribiera leyenda más que historia, las leyendas suelen ser tan ciertas substancialmente como falsas en detalle⁴¹. Esta atrevida propuesta sugiere la insignificancia de las diferencias entre historia y leyenda, conclusión insostenible en mi opinión, pues representa un rechazo extremo de toda responsabilidad por parte del historiador.

En contraste, Erich Auerbach, por ejemplo, ha sostenido con efectividad que la leyenda se distingue de la historia por un abismo ideológico; la primera responde a una cosmovisión sencilla, intemporal y en la que se personifican abstracciones ideales, mientras que la segunda se corresponde con la complejidad y contradicciones de un proceso cambiante a través del tiempo⁴². A pesar de que Auerbach admite que el escribir historia presenta tales complicaciones que los historiadores se sienten a menudo tentados, e incluso seducidos, a reducir hasta cierto punto lo histórico y aproximarlos a lo legendario, su apreciación como escritor por el reto de la tarea le puede ayudar a preservar la complejidad característica de toda buena historia.

La diferencia entre historia y leyenda es mucho más clara que la comparación entre la historia y una buena novela, ya que ninguna de ellas reduce la experiencia, negando las contradicciones de su materia prima. Por tanto, el debate acerca de qué tipo de escritor era Las Casas no se resuelve simplemente tomando partido por defensores o detractores. Se le puede considerar como un creador, dentro de los límites de la verosimilitud, sin dejar por ello de ver su trabajo como historia.

La tradición que asimila la historia dentro del arte —y viceversa— comenzó probablemente con la afirmación de Aristóteles de que, dada la naturaleza mimética del arte, la mejor fuente de inspiración para la poesía trágica era la vida, es decir, la historia, ya que ésta ofrecía el material “más probable”. Si la probabilidad es un criterio de la narración, lógicamente el efecto que se desea causar al lector es el de verosimilitud, o, en el lenguaje de Habermas, el “efecto de validez”. En consecuencia, una narración tan preñada de lógica defectuosa, descripciones y caracterizaciones increíbles, no está en la mejor posición para transmitir sinceridad. En lo que a este tema respecta, Platón y Aristóteles coincidían: ‘Verdad’ y ‘Belleza’ son términos prácticamente sinónimos. Sólo que la relativa estrechez del concepto platónico de verdad habría dejado poco espacio para un hombre como Las Casas, cuya obra era fiel en espíritu a la historia de la conquista, pero a menudo no muy fiable en los detalles.

40. *Ibid.* p. xv.

41. *Ibid.*

42. Erich Auerbach, *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature*, traducción de Willard R. Trask, Princeton, 1968, p. 19.

Desde ambos filósofos, la base común a historia y ficción se ha puesto a menudo de relieve, con aprobación a veces y con recelo otras⁴³. Recientemente han defendido posiciones contrarias, por ejemplo, Hayden White para quien los principios que organizan la escritura historiográfica son modos estéticos preconscientes, que corresponden a los géneros narrativos de tragedia, comedia, romance y sátira⁴⁴, y Maurice Mandelbaum, que defiende el carácter antihistórico de la narrativa⁴⁵. En cualquier caso, está claro que por lo menos es posible la compara-

43. Por una parte, siguiendo la vía indicada por el idealismo de Croce en *History Subsumed under the Concept of Art*, que criticaba la caracterización de la historia como ciencia, R.G. Collingwood niega la posibilidad de una objetividad absoluta en la historia, ya que el pasado sólo se puede reconstruir a través de la subjetividad del historiador. Este se convierte, al igual que el novelista, en su propia autoridad última. *Op. cit.*, pp. 235-47, especialmente, p. 236.

A través de su proceso de trabajo el historiador selecciona, construye y critica; tan sólo así puede mantener su pensamiento por encima de la *sichere Gang einer Wissenschaft*. Al reconocer este hecho explícitamente es posible deducir lo que, empleando otra vez, una frase kantiana, podríamos llamar una revolución copernicana en la teoría de la historia: el descubrimiento de que, lejos de fiarse de una autoridad diferente de sí mismo, a cuyos dictados debe adecuarse su pensamiento, el historiador es su propia autoridad, y su pensamiento autónomo, autovalidatorio, imbuido de un criterio al cual deben adaptarse sus llamadas 'autoridades', y por referencia al cual éstas se critican".

Por otro lado, Georg Lukács, el crítico literario marxista, defiende una tesis opuesta y complementaria a través de su obra *The Historical Novel* (traducción de Hannah y Stanley Mitchell, Beacon Press, Boston, 1963, especialmente p. 333). Lukács defiende que la buena ficción es "científica" de la misma forma —si no en el mismo grado— que lo debería ser la historia, ya que ambas —a pesar de las particularidades del texto concreto considerado— describen el proceso de la experiencia humana, y más específicamente la lucha de clases que la conforma. Mientras Collingwood desgaja la definición de historia de la de ciencia y la aproxima al terreno de la ficción donde la imaginación es libre, mas no arbitraria, (p. 242) Lukács aplica la definición a ambas, historia y ciencia, y arguye que no importa cuál sea la ideología del novelista, un retrato adecuado de la vida social se adecúa a y ayuda a desarrollar las hipótesis marxistas acerca de la historia.

44. Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteen Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1973. Ya la primera página refleja claramente su concepto de la historia

... Mantengo que poseen un contenido estructural profundo que es generalmente poético y específicamente lingüístico en su naturaleza, y que sirve de paradigma precriticamente aceptado de lo que debería ser una explicación netamente 'histórica'. Este paradigma funciona como elemento 'metahistórico' de todos aquellos trabajos históricos de alcance mas amplio que la monografía o el informe de archivo. P. ix.

45. Maurice Mandelbaum, *The Anatomy of Historical Knowledge*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1977, especialmente pp. 24 y 25.

Tradicionalmente, la forma usual de recuentos históricos ha sido lo que se conoce como 'narrativa histórica'. Ciertos filósofos recientemente han considerado a la narrativa el mejor modelo para entender la lógica de la explicación histórica, a pesar del hecho de que otros tipos han reemplazado progresivamente a la historia narrativa. En mi opinión, aquella tendencia es desafortunada. . .

En primer lugar, el describir a la historia como una narración sugiere —intencionadamente, supongo que se debe comparar a la historiografía con el contar un cuento a un relato. Esto es equivoco, incluso al aplicarlo a la historia más tradicional. El historiador, cualquiera que sea el tema del que se ocupe, debe intentar descubrir primero lo que ocurrió en determinada porción del pasado y establecer como esos sucesos se

ción entre la literatura de ficción y la historiografía, tanto si consideramos el terreno común entre ambas como un obstáculo o como una oportunidad. Ciertamente, cuando Galván reescribió las crónicas puso a la vez al descubierto tanto lo ficticio que contenían como la posibilidad de agrandar las distancias entre ficción e historia.

Si la distinción entre novelistas e historiadores es poco clara a nivel de procedimiento, ¿cómo se puede evaluar la historia desde el punto de vista “de los hechos”? Esto es exactamente lo que los críticos intentan hacer cuando enfrentan a Las Casas y Oviedo, y afirman que la obra de uno es más verídica que la del otro. Las Casas es normalmente quien sale perdiendo; se le acusa de todo, desde mala memoria y exageración a mentira lisa y llana. Sin embargo, el hecho permanece: su *Historia de las Indias* se sigue leyendo y aún convence a sus lectores de la verdad esencial que expone, a saber, la despiadada aniquilación de la población indígena durante la conquista del Caribe. A pesar de la exhuberancia de detalles precisos con que Oviedo compiló la patente realidad de la Conquista, su falta de humanidad y miope oportunismo hicieron que su obra *Historia Natural y General de las Indias*, nunca la reflejara tan magistralmente como en el relato “defectuoso” de Las Casas⁴⁶.

interrelacionaban. Sólo crea confusión, por tanto, describir la labor del historiador como si fuera comparable al arte de un narrador: la estructura básica de una narración o de un cuento queda a elección del cuentista, y lo que antecede a la historia no controla el acto de contarla. En segundo lugar, las exigencias que el tema elegido impone sobre el historiador raramente le permiten seguir un hilo de narración simple. Por tanto, las narraciones tienden a tener una estructura más sencilla, más lineal y más autoincluyente que la relación histórica de hechos, incluso cuando el historiador investiga secuencialmente los cambios producidos en el tiempo. . .

Está claro, en mi opinión, que Mandelbaum tiene en mente la narrativa premodernista, pero su distinción ciertamente se aplica al uso que Galván hace de la historia para un simple relato.

46. Lewis Hanke sugiere, siguiendo el estudio de Gabriel Méndez Plancarte, que muchas de las diferencias entre la *Historia* de Las Casas y la de Oviedo se pueden atribuir a sus diferentes modelos historiográficos. Así, se caracteriza a Las Casas como historiador medieval, “que considera su deber principal advertir, exhortar y aconsejar a su rey”, (*Op. cit.*, p. xiv), mientras que Oviedo, por contraste, representa la actitud más moderna y mercenaria de un servidor real dedicado, como él mismo explicó, a entretener a su monarca. (*Op. cit.*, p. xx). La distinción no implica que Las Casas fuera menos científico que Oviedo, ya que Hanke concede al dominico el mérito de haber recogido manuscritos y testimonios desde que llegó al Nuevo Mundo en 1502, y de emplearlos escrupulosamente en su obra; Hanke se refiere más bien a la intención, y yo añadiría a la ideología. Ambos historiadores escribieron para influir sobre la corona. Como ángel y demonio de una comedia moral, ambos apelaron, respectivamente, a la conciencia y a la concupiscencia del rey. Las Casas tronaba acerca del divino mandato de salvar a las almas y Oviedo engatusaba a su soberano a disfrutar de un botín fácil.

Fuera o no medieval la relación de Las Casas con su rey, la ideología que defendía sin duda no lo era. Junto con la fe católica, Las Casas trajo al Nuevo Mundo por lo menos desde una década antes los ideales de un capitalismo incipiente, esperando establecer en Las Indias un divino orden cristiano, y prosperidad para indios y españoles a la vez.

Oviedo, cuya historia era tan perjudicial para la causa india que incitó a Las Casas a escribir una obra alternativa, no era nada medieval en su visión, pero aún tenían menos de empresario moderno. Su punto de vista, como el de muchos compatriotas y aventureros renacentistas, era corto de miras, dirigido a la ganancia inmediata, sin pararse a pensar en el precio.

A pesar del hecho de que ambos historiadores escribían para los mismos lectores reales, y de que los dos emplearon técnicas similares —por ejemplo, documentar extensamente aquellos aspectos que favorecían sus demandas y minimizar, por el contrario, los detalles comprometedores— los resultados obtenidos por cada uno difieren como la noche del día. Oviedo, a pesar de toda su ambición y misantropía, se presenta como el cronista más “preciso”. Es posible que Las Casas articulase el auténtico horror de los sucesos, pero su pormenorización de éstos se considera en general menos fiable que la de su antagonista Oviedo. Es por esta razón, aparentemente, que Ramón Menéndez Pidal perdió su acostumbrado autocontrol académico al hablar de Las Casas, a quien denominó un paranoico y un embustero patológico⁴⁷. Sus fallas como historiador se atribuyen a dos motivos: su ardor y los cuarenta años que separaban su experiencia de la Conquista y su relación de los hechos, período éste en que su imaginación parece haber ocupado el lugar de su pérdida de memoria. Sin embargo, quizás haya todavía un tercer motivo, más significativo aún: su ideología crítica, pero insostenible.

Mal podía Las Casas permitirse el lujo de ser tan cándido y tan poco consciente de su imagen como lo era Oviedo, ya que el doble objetivo del dominicano era demostrar la improbable proposición de que 1) los indios eran, casi por naturaleza, inocentes cristianos, humildes, castos, con facilidad para perdonar y ser asimilados por la cultura europea, y 2) que los píos españoles tenían la capacidad de ayudar a los indios a asimilarse dentro de una sociedad ideal de súbditos sumisos y acomodados, bajo la doble égida de la Madre Iglesia y un Capital paternalista. Las asunciones erasmistas que Las Casas trajo al Nuevo Mundo se ponen en evidencia en sus recomendaciones para una colonización pacífica, a base de industriosos campesinos españoles necesitados de tierra y clérigos ilustrados que convertirían a los indios en nuevos campesinos al servicio de los españoles⁴⁸. Los mismos intentos optimistas del fraile para conseguir una conquista pacífica y una asimilación tranquila fallaron dramáticamente. Pero el hecho de que la corona le permitió experimentar su evangelización pacífica en Tierra Firme, Nicaragua y Guatemala, así como su éxito en introducir una legislación liberal para los indios de La Española, son prueba del respeto que las ideas de Las Casas y su misma persona merecían en la corte.

Tal vez sea sólo en retrospectión que Las Casas parece incurablemente ingenuo, mucho después de que los resultados de sus experimentos se han revelado como inevitables, incluso el de Guatemala, que obtuvo un éxito momentáneo⁴⁹.

47. Andrée Collard, “Nota de la traductora”, *History of the Indies* de Fray Bartolomé de Las Casas, Nueva York, 1971, p. xxii.

48. Ver la biografía de Las Casas de Lewis Hanke, *Op. cit.*

49. A pesar de que una gran parte de la Historia está escrita con el indomable optimismo de un hombre que continúa creyendo en Dios y en su rey, afirmando que su voluntad se haría si cesara la ambición desaforada, Las Casas no se vio completamente libre de los golpes de la realidad. En vista de que los colonizadores continuaron sin preocuparse ni de su

Uno de los mejores ejemplos de la forma en que Las Casas redime la historia por medio de mentiras piadosas, y que, por cierto, nos concierne muy especialmente, es su explicación de la rebelión de Enriquillo. Está claramente basada en sus presupuestos sobre las relaciones hispanoindias y no en datos sometidos a un criterio de plausibilidad, ya que su relato es en muchas ocasiones altamente improbable, o, en el mejor de los casos, alarmantemente lacónico. Primero asume que los indios de Enriquillo aman la paz por naturaleza, y que cuando se levantan en guerra es a su pesar y sus tácticas son puramente defensivas. En consecuencia, Enriquillo es presentado como el más cristiano de los caballeros, que incluso perdona la vida de su antiguo amo, quien, entre otras fechorías, había violado a su esposa y precipitado su huida a las montañas de Bahoruco. Este ideal guerrero-a-su-pesar aconseja también a sus seguidores practicar una humildad semejante, y castiga toda venganza o avaricia. En la realidad, sin embargo, como Fray Cipriano de Utrera ha documentado ampliamente, Enriquillo descendía frecuentemente de su dominio en las montañas y hacía incursiones contra los asentamientos españoles, en las que sus indios libremente asesinaban y cometían pillaje. La conferencia dada por Utrera en Ciudad Trujillo en 1946. "Enriquillo y Boyá", cayó como una bomba entre la congregación de intelectuales dominicanos. Su destrucción sistemática del mito de Enriquillo creado por Las Casas desafió el epicentro de la ideología dominicana y provocó reacciones frenéticas por parte de los ideólogos de Trujillo. Los términos del debate se aclararán en la discusión que sigue de la novela de Galván.

La meticulosa documentación y el lúcido razonamiento de Utrera no se rechazan fácilmente. Las incursiones de Enriquillo así como las de otras bandas de monarca celestial ni del temporal, Las Casas se desilusionó progresivamente de su utópico proyecto de ganar almas para Cristo y el César a la vez. Acerca de su oportunismo ver el vol. III, cap. 138.

En una carta al futuro Felipe II, enviada en 1544, Las Casas prácticamente recomienda que los españoles abandonen el Nuevo Mundo. Sin embargo, él se resistió siempre a considerar su propio esquema como defectuoso o irrealizable, a pesar de los asesinatos de sacerdotes a manos de indios no convertidos o desagradecidos, y de las incesantes capturas de indios liberados que llevaban a cabo encomenderos incorregibles. La falla, según él, estaba en los despiadados que se lanzaban al Nuevo Mundo con la exclusiva intención de hacerse ricos rápidamente. Las Casas confiaba en que la colonización propuesta por él resolvería el problema, ya que se negaba a admitir que era la misma situación colonial la que alimentaba las ansias desmedidas de riqueza. Su modelo se basaba en granjeros trabajadores e independientes, que sustituirían a los soldados, a los criminales y a los aristócratas venidos a menos, cuyo único interés era el pillaje. Granjeros e indios podrían vivir y trabajar en armonía, y estos últimos, al mismo tiempo, aprenderían las superiores costumbres religiosas y económicas españolas. Sin embargo, dos duras sorpresas esperaban todavía al indomable fraile: en primer lugar, la aristocracia rural española no tenía la menor intención de complacer la apelación real y dejar que sus siervos siguieran a Las Casas; en segundo lugar, los pocos campesinos que pudieron escaparse pronto se convirtieron en aventureros sin escrúpulos, en el supuesto de que hubieran sobrevivido al viaje y a las enfermedades del comienzo. Aun así, no disminuyó el respeto de Las Casas por los industriuosos y prácticos campesinos españoles, como muestra el hecho de que reptidamente defendió y reanudó su proyecto inicial.

Cfr. Lewis Hanke, *The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1949, cap. V.

rebeldes, están recogidas en los informes de la época, hechos por los gobernadores locales. Este sacerdote español contemporáneo, claramente indignado ante la simplificación en términos de ‘españoles malos’ e ‘indios buenos’ que su antepasado hace del conflicto, encuentra increíble la descripción que hace Las Casas de Enriquillo como “el indio perdona-vidas”. Sin embargo, conforme a Utrera, no es pura invención el que Enriquillo perdono a su amo; se trata simplemente de un pobre manejo de los datos. Las Casas refleja a Enriquillo diciendo magnánimamente: “Agradece, Valenzuela, que no os mato; andad, íos y no volváis acá; guardaos”. (III cap. cxxv). Oviedo había recogido previamente un pronunciamiento muy similar por parte, no de Enriquillo, sino de su feroz rival, Tamayo. Este sintió compasión por un joven soldado español y mandó que, en vez de matarle, le cortaran la mano, al tiempo que le decía: “Bachiller soys: agradeced que no os matan e aved paciencia” (V, cap. iv). Utrera se pregunta cuál de las dos historias es más plausible —ya que del texto casi idéntico de ambas se deduce que una deriva de la otra— y enseguida se pone del lado de Oviedo. Primero, Utrera destaca que Oviedo escribió antes que Las Casas, y que el último trastocó convenientemente sus recuerdos durante los 40 años que separaban su relato de los hechos. En segundo lugar, Utrera arguye que mientras que Las Casas estaba cargado de razones para retratar a los indios como buenos cristianos, incluso al precio de mentir, su misantropía y hostilidad hacia éstos impulsarían lógicamente a Oviedo a limitar, más que exagerar, su reflejo del civismo de Tamayo⁵⁰. Además, añade Utrera, la rebelión no fue causada por la violación, o intento de violación de Mencía, sino por las incursiones españolas en los poblados indios, en orden a capturar esclavos⁵¹.

Otra de las asunciones de Las Casas que interfiere con la plausibilidad de su narración es su convicción de que los señores naturales de las Indias, tales como el cacique Enriquillo, no sólo se convirtieron al cristianismo voluntariamente, sino que con la misma buena disposición se incorporaron al imperio español⁵².

Por tanto, de acuerdo con la descripción de Las Casas, cuando el Emperador Carlos V ofreció a Enriquillo un título, tierras y libertad si descendía de las montañas, la reacción lógica de Enriquillo —con alguna incitación por parte del mismo Las Casas, que se atribuye un mérito excesivo en la consecución de la paz—

50. Fray Cipriano de Utrera, *Polémica de Enriquillo*, prefacio de E. Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, Editora del Caribe, 1973, p. 445.

51. *Ibid.*, p. 448.

52. En 1537 Las Casas consiguió finalmente permiso para repetir por tercera vez su experimento de conversión pacífica —fracasado en las dos ocasiones anteriores. Esta vez se trataba de los guerreros de Tierra de Guerra, y el fraile fue a ellos ilusionado, “para inducirles a someterse voluntariamente al Rey de España, y a pagarle tributos de acuerdo a sus capacidades; a enseñarles y predicar la fe cristiana y todo ello sin armas ni soldados. Su sola arma sería la palabra de Dios y la ‘razón del Evangelio’”. De Hanke, *Struggle*, p. 78 (“to induce them voluntarily to become vassals of the King of Spain and to pay him a tribute according to their ability; to teach them and to preach the Christian faith, and all this without arms or soldiers. His only wapon would be the word of God and the ‘reasons of the Holy Gospel’”).

es abrazar al mensajero y regocijarse en servir a tan gran rey. Un lector escéptico, como Utrera, se pregunta por qué, después de una generación durante la cual los españoles llevaron a cabo sus prácticas de aniquilación, y tras 14 años de triunfal resistencia, Enriquillo aceptó finalmente la paz. Más aún ¿por qué la ofreció la corona, si los indios liberados no estaban ya ligados a la servidumbre real? El silencio de Las Casas tan sólo revela los presupuestos que lo permitieron ignorar dichas cuestiones.

Para Utrera, las respuestas son evidentes a partir de la historia de Oviedo y los documentos de la época. Los múltiples y frustrados intentos de someter a Enriquillo y por fin a sus incursiones dieron lugar a una nueva forma de combate más efectiva. Se dispusieron tropas móviles en las laderas de los montes, las cuales conseguían eliminar poco a poco del campo de batalla a los agresivos indios⁵³. Es decir, Enriquillo y su banda sintieron que sus días estaban contados, y que convenía firmar un pacto oportuno. Por su parte, los españoles estaban ansioso de pacificar a Enriquillo, y, más que nadie, el mensajero del rey, Barrionuevo, a quien se había prometido un puesto de gobernador si tenía éxito, como pago a los especiales servicios prestados. Se obligó a Enriquillo y sus indios, a cambio de su libertad, a cazar a los otros indios y esclavos negros escapados “que antaño pelearon creyendo que así tenían hermanada su suerte con la de estos indios”⁵⁴ y a revenderlos a sus amos. El más importante discípulo de Las Casas en la República Dominicana no es ni historiador ni sacerdote, sino un novelista aficionado, cuya fama internacional se debe a su recreación del Enriquillo de Las Casas, a la luz de la ideología liberal de la joven república a finales de siglo. No es una gran exageración decir que, desde su publicación en 1882, el *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván conformó la naciente ideología de la clase dirigente dominicana, y que aún hoy sirve su función didáctica orginaria al identificar los ideales paternalistas con la empresa nacional.

La escrupulosa pedantería de fray Cipriano de Utrera podría también haberse fijado en la “leyenda histórica” de Galván, ya que dicha novela desarrolla, más que corrige, la deformación de Enriquillo en la *Historia* de Las Casas. De hecho, Utrera menciona a Galván sólo de pasada, mientras que su voluminosa *Polémica de Enriquillo* dedica largas y a menudo tediosas páginas a refutar a “seudohistoriadores” como Las Casas⁵⁵. Evidentemente, Utrera creía que la crítica de una novela quedaba fuera de su campo, a causa, probablemente, de que el análisis de obras de ficción no merecía, a sus ojos, la seria atención de un historiador; de hecho, el criterio que empleaba para rechazar el valor histórico de un texto dado era denominarlo “ficción”, fabricación, y, por tanto, inadmisibles para el estudio de la historia. Aquí Utrera descubre sus propias limitaciones, al considerar la historia como un mero recuento de hechos pasados y negarle la posibilidad de apli-

53. Utrera, *Op. cit.*, p. 468.

54. Utrera, *Op. cit.*, p. 478.

55. *Ibid.*, p. 10.

car ese pasado a la ideología actual, y, por tanto, de contribuir a hacer el futuro. Y, sin embargo, la misma obsesión de fray Cipriano por “Enriquillo y Boyá” indica que él también, como la mayoría de los habitantes de la República Dominicana desde que Galván publicó su novela, se siente atraído o repelido por la imagen del cacique rebelde, aunque virtuoso, más por razones ideológicas que profesionales. Si su meta hubiera sido poner en evidencia la falsedad de la *Historia de las Indias*, Utrera podría haber elegido cualquiera de las numerosas inconsistencias o falsificaciones de Las Casas para entrar en polémica. Pero por el contrario, la crítica se dirige contra Enriquillo, el héroe nacional dominicano, combinación imposible de nobleza indígena, modestia cristiana, rebeldía y sumisión humilde. Utrera, como orgulloso español que vive en la República Dominicana, donde la cultura española prácticamente se identifica con la civilización, considera insufrible la glorificación del indio; así, a pesar de que no justifica los horrores llevados a cabo por los conquistadores españoles⁵⁶, insiste en que los dominicanos, por mucho que quieran, son descendientes de los españoles en raza y cultura, y no de mestizajes ficticios.

Leí mi estudio ante una concurrencia por punto general hispánica; españoles residentes, hijos de estos nacidos en el país, y resto del concurso dominicanos por naturaleza, descendientes de españoles coloniales, y si acaso había mezclas de razas, todos por un igual, o integra o proporcionalmente, vástagos de una misma cepa. No había allí indio ninguno, ni descendiente de indio, y a mi parecer ninguno podía tener mentalidad de indio. . .⁵⁷.

La reacción a la iconoclasia de Utrera fue inmediata y apasionada, ya que a pesar de que Trujillo afirmaba su origen español —aunque, como más del 80% de la población dominicana, era obviamente mulata— y a pesar de su política cultural pro-española, el trujillismo dependía tanto del mito de Enriquillo como las anteriores oligarquías. A diferencia de Utrera, quien estaba más interesado en hacer justicia a su herencia hispana, o a cierto principio abstracto de verdad, su compatriota Manuel Arturo Peña Batlle fue más práctico y menos escrupuloso: fue el principal ideólogo de Trujillo, y por consiguiente un acérrimo defensor de Enriquillo. Incluso Emilio Rodríguez Demorizi, respetuoso alumno de Utrera y editor de su obra póstuma *Polémica de Enriquillo*, y prolífico escritor de la historia dominicana él mismo, y cuya carrera se extiende a través de la mayor parte del trujillato hasta nuestros días, disiente de la tesis de su maestro. Rodríguez Demorizi admite la ambivalencia de su opinión sobre la publicación de la obra de Utrera en un prefacio inusualmente corto, escrito después de que, como muchos dominicanos, hubiera rechazado a Trujillo, mas no a Enriquillo.

Si la edición de esta obra ha sido ardua empresa. . . la decisión de salvarla del olvido no ha sido menos embarazosa, ya que en ella se presenta a la amada figura de Enriquillo desposeída de las poéticas galas de la le-

⁵⁶. *Ibid.*, p. 472.

⁵⁷. *Ibid.*, pp. 314 y 315.

yenda y de los méritos y virtudes que le convirtieron en símbolo del pueblo dominicano, en el más venerado personaje de nuestra historia colonial. Pero nos decidió a darla a la imprenta la firme convicción de que el noble Cacique del Baoruco seguirá siendo, sin mengua, por encima de la a veces demoledora verdad histórica, el más representativo de la doliente raza de Quisqueya⁵⁸.

En otras palabras, la verdad sobre Enriquillo es irrelevante para Rodríguez Demorizi; él está más que dispuesto a sacrificar a la historia en aras de la leyenda, a pesar de sus estudios bajo Utrera y de su propia y larga vocación de historiador.

¿Por qué es sagrado el tema de Enriquillo para la clase dirigente dominicana y los intelectuales a su servicio? Hay dos motivos principales. Ambos se ven más claros en el contexto de la novela de Galván que en el de la historia de Las Casas. La primera es la función de la raza dentro de la ideología dominante; la segunda es su paternalismo.

Utrera, debido a su desprecio hacia la ficción, no acertó a señalar el origen real, si no último, de la leyenda que originó la ideología dominicana; mientras que, por otra parte, su discípulo dominicano sí comprendió que el blanco de la polémica no es Las Casas, sino Galván. La afirmación final de Rodríguez Demorizi, antes de abandonar al lector a la crítica despiadada de Utrera, reafirma su fe en la leyenda de Enriquillo, incluso en el supuesto de que fray Cipriano lograra demostrar que el héroe era un simple oportunista.

Al margen del Enriquillo de la historia, tenga la estatura que tenga, entre nosotros se mantendrá indemne el Enriquillo de la leyenda, el Enriquillo de Galván, y seguiremos venerándolo como símbolo de la amada raza aborigen, de nuestra raza⁵⁹.

Al mismo tiempo, Rodríguez Demorizi afirma que *Enriquillo* ayudó a construir la historia dominicana, y sugiere, por tanto, que otras novelas podrían cumplir una función similar. De hecho, como señala Jean Franco, muchas novelas hispanoamericanas se escribieron con la intención tanto de influir sobre la historia como de describirla⁶⁰. En este sentido *Enriquillo* constituye sin duda un éxito.

Amherst College.

58. E. Rodríguez Demorizi, "Prefacio", en *Polémica de Enriquillo*, p. 5.

59. *Ibid.*, p. 7.

60. Jean Franco, *Op. cit.* especialmente p. 11. Los novelistas del siglo pasado y principios del actual eran típicamente hombres de Estado, como el mismo Galván interesados tanto en modelar la conciencia nacional a través de la literatura como en dirigir la nación abiertamente, por la vía política. Por tanto, como destaca la profesora Franco, la idea de un arte puro o neutral ha tenido poco impacto en las letras hispanoamericanas. Es posible que sea legítimo considerar el arte europeo como una tradición que se perpetúa a sí misma. No es este el caso de los movimientos artísticos latinoamericanos, que siempre dependen del factor externo.